

DISERTACION

SOBRE

LA SEXTA EDAD DE LA IGLESIA.

Se exponen los signos que anuncian y caracterizan los principales acontecimientos que la dividen. Se justifica completamente al Sr. Calmei, al P. Carrieres y á M. de Vence que han seguido la opinion comun de los padres y de toda la tradicion, sobre el intimo enlace de los cuatro sucesos con que terminará la duracion de los siglos; á saber, la mision de Elias, la conversion de los Judios, la persecucion del Anticristo y la última venida de Jesucristo.

I.
Motivos que deben hacer nos atentos á las señales de los tiempos que Dios ha señalado.

Cuando veis una nube que se eleva del Ocaso, decia Jesucristo á los Judios que le rodeaban (1), al instante decís: viene lluvia; y así sucede. Y cuando sopla el viento de medio día, decís: hará calor, y hay calor. Hipócritas, sabéis lo que anuncian los cielos y la tierra, ¿pues cómo no conocéis el tiempo presente? Y dirigiéndose á los fariseos y saduceos que por tentarle le pedían que se les viera alguna señal en el cielo, así les decia (2): Al llegar la noche decís: *Hará buen tiempo, porque el cielo está sonribo y encendido.* Hipócritas, ¿cómo sabéis distinguir bien los diversos aspectos del cielo, y no sabéis distinguir las señales de estos tiempos? El Señor habia hecho en otra vez semejante reprension á los hijos de Judá por boca de Jeremias (3): *El milano conoce en el cielo cuando ha llegado su tiempo, dice el Señor, la tortola, la golondrina y la cigüeña saben discernir la estacion de su llegada; pero mi pueblo no ha conocido el tiempo del juicio del Señor.* Ya hemos hecho ver en otra parte, que segun la opinion de los padres, especialmente de S. Corónimo, las reprensiones hechas á los hijos de Judá por los profetas, se dirigen particularmente á nosotros; porque estamos representados en las personas de aquellos. Pero aun cuando no fuéramos el objeto de ellas, siempre serán al ménos una instruccion para nosotros, así como las que dirigia Jesucristo á los fariseos y á los otros Judios de su tiempo. O mas bien, aun cuando estas reprensiones no se hubieran hecho á los Judios ni por Jeremias ni por Jesucristo, los solos ejemplos de que se valen para humillarlos, y sacarlos de su mortal entorpecimiento, bastarian

(1) Luc. xii. 54. et seqq. (2) Matt. xvi. 2. et seqq. (3) Jerem. viii. 7.

para confundirnos, y excitar nuestra atencion. El instinto de las bestias que saben prevenir el rigor de las estaciones, el conocimiento de los hombres mas estúpidos, que al ménos saben prever la tempestad que se forma sobre sus cabezas; y la prudencia de los hijos del siglo, atenta siempre en aprovecharse de las menores señales de un peligro que les amenaza, son otros tantos motivos que por sí solos serian bastantes para llamar nuestra atencion sobre las señales que pueden hacernos conocer los tiempos que el mismo Dios ha señalado.

Sea que estas señales anuncien bienes ó males, es igualmente útil conocerlas: es útil prever los males para prevenirlos con frutos dignos de penitencia, que nos hagan gratos á Dios en los dias de su ira sobre los pecadores impenitentes; y es útil prever los bienes para prepararse por una renovacion del espíritu, que nos disponga á participar de los beneficios del Señor en los dias de su misericordia sobre los que ha escogido y amado desde la eternidad en Jesucristo. El conocimiento de estas señales conviene no solamente para disponernos á recibir los bienes prometidos, y evitar los males presagiados, sino tambien para ayudarnos á distinguir lo verdadero de lo falso con respecto á estos bienes que esperamos ó males que tememos, y precavernos de toda ilusion. Guiados con la claridad de esta luz, aprenderemos á no tener por próximo lo que acaso está remoto; ni á tener por remoto lo que acaso está próximo; á no separar lo que Dios ha unido; y en una palabra, á no confundir los tiempos.

Toda la tradicion ha enseñado de comun acuerdo, que las promesas relativas á la futura conversion de los Judios, no tendrán su cumplimiento sino al fin de los siglos; y que habrá un intimo enlace entre estos cuatro grandes acontecimientos: la mision de Elias, la conversion de los Judios, la persecucion del Anticristo, y la última venida de Jesucristo: *Circa illud judicium has res didicimus esse venturas: Eliam Thesbitem, fidem Judaeorum, Antichristum persecuturum, Christum venturum.* Así se explica S. Agustín (1), y así se han explicado todos los padres y todos los antiguos. Pero no han faltado modernos, y entre ellos algunos cuyo mérito es por otra parte muy notorio, y á quienes he citado alguna vez sobre otros puntos, pero á quienes no puedo seguir en este, han calificado esta opinion comun de los padres por una preocupacion mal fundada, y como un error inocente; y han avanzado como una verdad cierta, que no debe diferirse la conversion de los Judios hasta el fin de los siglos (2), ni limitarla á algunos años antes del último juicio; y se han empeñado en defender este aserto con los mayores esfuerzos de su erudicion y elocuencia. Algunos han pasado mas adelante, y aprovechando esta primera abertura, se han atrevido á decir, que entónces será el tiempo de la dilatada paz en el reino de mil años; y se han prevalido de esta opinion para renovar el sistema de los milenarios; aunque contra la intencion de los prime-

(1) Aug. de Civit. Dei. l. xx. c. ult. (2) Esto es lo que el abate Degenet da por undécima verdad sobre la conversion de los Judios en el fin del libro: *Reglas para la inteligencia de las Escrituras*, es decir, en la aplicacion de estas reglas con respecto á la vuelta de los Judios.

II.
Utilidad del conocimiento de las señales que anuncian los tiempos que Dios ha señalado, y por esto se puede juzgar del sistema de algunos modernos que se desvian de la opinion comun de la tradicion sobre el tiempo de la futura conversion de los Judios. Motivos que han determinado al editor de esta *Biblioteca* á preferir sobre este punto la opinion comun.

ros que propusieron este plan, que miraban como cierto. Algunos otros han avanzado mucho mas, hasta fijar el tiempo de la conversion de los Judios. Primero la anunciaron como próxima, despues como muy próxima, y últimamente llegó la temeridad hasta publicar en 1739 un pequeño folleto en forma de carta, en que se pretendia fijarla para el año de 1748 poco mas ó ménos. Los mas sabios desaprobaron este cálculo, y aun le refutaron; sin embargo, se insistió en sostener la vocacion de los Judios como próxima, y aun como muy próxima; y el fin del mundo como muy remoto: en una palabra, se insistió en sostener lo que se habia avanzado como una verdad, á saber, que no debe diferirse la conversion de los Judios para el fin de los siglos.

Ocupado entónces en preparar la primera edicion de esta Biblia, meditaba yo qué partido debía tomar, si el de los antiguos, ó el de los modernos. Los tres intérpretes cuyos trabajos habia reunido, opinaban como los antiguos; y sin embargo, como no se trataba del dogma, si los modernos hubiesen apoyado su sistema en fundamentos mas sólidos, estaba dispuesto á escucharlos y aun á seguirlos: diré mas (y hablo con toda sinceridad), educado desde mi mas tierna juventud en la lectura de las obras de aquellos que han propuesto estas nuevas opiniones, entré en el exámen de la cuestion enteramente prevenido en su favor. Me apliqué desde luego al estudio de los profetas, y siguiendo los principios del nuevo sistema, suponía que las magníficas promesas que se encuentran en Isaías, podian tener cuatro principales objetos: la libertad de los Judios en tiempo de Ciro, la formacion de la Iglesia en el de Jesucristo, la renovacion de esta al tiempo de la conversion de aquellos, y su entera consumacion en la gloria al fin de los tiempos. Igualmente suponía que las promesas hechas á Jerusalem y á la casa de Judá, se dirigian especialmente á los Judios, no solamente en el sentido literal y carnal, sino tambien en el espiritual y alegórico; y que ya verificada en parte sobre los restos de esta nacion que se salvaron en tiempo de los apóstoles, debian recibir su mas cabal cumplimiento sobre la nacion entera al tiempo de su conversion. Consideré bajo este punto de vista toda la profecía de Isaías, y encontré algunos pasages en que la aplicacion de estos principios padecia, á mi ver, algunas dificultades; aunque todavia no me parecian insuperables.

Continué dispuesto á aplicar los mismos principios en la interpretacion de los otros profetas; pero me vi detenido desde el cap. iii. de Jeremías, en el que este profeta compara de una manera muy expresa las dos casas de Israel y de Judá. Reconoci que en el paralelo de estas dos hermanas, la casa de Israel infiel y repudiada, no podia representar mas que á los judíos incrédulos y reprobados; y por consiguiente la casa de Judá que se le compara en su infidelidad, no podia significar sino á los cristianos prevaricadores. Vi luego que este habia sido desde los primeros siglos el pensamiento de Orígenes explicando la misma profecía, y que este pensamiento estaba perfectamente concorde con la opinion comun de los padres que han tenido siempre á Jerusalem por figura de la Iglesia, y á los hijos de Judá como figura de los cristianos. Al llegar al cap. vii. en que las dos ca-

sas de Efraim y de Judá se comparan nuevamente, volví á reconocer en ellas á los dos pueblos; y vi, que esta interpretacion se encuentra especialmente apoyada en el testimonio de S. Gerónimo, que explicó esta profecía en el mismo sentido, y cuya explicacion concluye con este principio tan comunmente inculcado en sus comentarios. „Entendamos que todo lo que se ha dicho á este pueblo, se ha dicho igualmente á nosotros, si imitamos sus prevaricaciones.“ *Quidquid illi populo dicitur intelligamus et de nobis, si similia fecerimus.* Cuanto mas meditaba y estudiaba los caracteres del cautiverio de Babilonia, que es el grande objeto de aquel profeta, tanto mas comprendia, que este cautiverio no podia ser únicamente figura de una plaga puramente espiritual; y que en vano se pretende no descubrir aquí otra imagen que la de los males que la Iglesia sufre algunas veces por las turbaciones que se existan en su seno. Dios entregó su pueblo á los Caldeos, que suscitó para que fueran los ministros de sus venganzas; y esto no puede ciertamente entenderse sino de una dominacion como la que los Judios sufrieron bajo el poder de los Babilonios, y despues de los Romanos: por consiguiente, si esta plaga que cayó sobre los Judios en tiempo de Nabucodonosor es figura de otra con que nuevamente se verifiquen las expresiones de los profetas, no puede ser mas que una plaga de la misma naturaleza que entónces affligió á los hijos de Judá. Si los anuncios de los profetas se verificaron de nuevo en este sentido por la plaga que cayó sobre los Judios en tiempo de su última ruina por los Romanos; no puede decirse que esto sea el último cumplimiento de las profecias; porque en el lenguaje misterioso del mismo Jeremías, las dos hermanas, Israel y Judá, son figura de los dos pueblos; Israel que representa al judío incrédulo, y Judá al pueblo cristiano. *Quidquid illi populo dicitur, intelligamus et de nobis, si similia fecerimus* (1).

El texto de Ezequiel me confirmó en la inteligencia de lo que habia visto en Jeremías: encontré en el cap. xxiii. de aquel profeta á las dos hermanas, Jerusalem y Samaria, nuevamente puestas en paralelo entre sí, y con una otra tercera, que es Sodoma. En el cap. xvi. veo que S. Gerónimo aplicaba á los cristianos prevaricadores lo que se dice de los criminales habitantes de Jerusalem; á los hereges, lo que se dijo de los de Samaria; y á los paganos lo que se dijo de Sodoma. Pero reflexioné al mismo tiempo, que S. Gerónimo reconocia por otra parte, que lo que se ha dicho de Samaria, puede tambien entenderse de la Sinagoga; y este habia sido tambien el pensamiento de muchos autores; especialmente del célebre Gerson, y de su discípulo Clemangis, que explicaban en este sentido la misma profecía de Ezequiel con respecto á las dos hermanas Jerusalem y Samaria; sentando por principio, que en el idioma de los profetas, Samaria representa á la Sinagoga, y Jerusalem á la Iglesia. De aquí pasé al cap. xxxvii. en el que descubri la futura conversion de los Judios, y su reunion á la Iglesia de Jesucristo, vivamente representada en la reunion de la casa de Israel y la de Judá: de lo que tambien se infiere muy claramente, que las dos casas de Israel y de Judá son figura de los dos pueblos; Israel del judío, y Judá del cristiano (2).

(1) Véase el prefacio sobre Jeremías, n. 8. tom. xiv. (2) Véase el prefacio sobre Ezequiel, n. 4 y 5. tom. xv.

Consulté después á Oséas, y aun aquí encontré las dos cosas muy bien distinguidas, y muy bien sostenido el paralelo entre ellas y los dos pueblos. Encontré mas; vi que la célebre profecía del cap. iii. de Oséas, que inculca el dilatado abandono de los hijos de Israel verificado tan palpablemente en el estado actual de la nacion Judía, como lo reconocen los intérpretes y padres, se dirige segun el sentido literal é inmediato á la casa de Israel; de donde tambien resulta, que en el lenguaje de los profetas la casa de Israel representa á todo el cuerpo de la nacion Judía (1). Quanto mas avanzaba en el estudio de los profetas menores, tanto mas advertia como se sostiene el paralelo de las dos casas consideradas como figura de los dos pueblos (2). Ultimamente encontré en el cap. xi. de Zacarías V 14, un texto en que el rompimiento de Israel y de Judá, no puede explicarse sino por el que hubo entre los judíos incrédulos, y los fieles discipulos de Jesucristo; lo cual viene á ser una prueba incontestable de la verdad de este principio; que las dos casas de Israel y de Judá son figura de los dos pueblos (3). Así es que después de haber estudiado los profetas, quedé convencido de que las promesas hechas á la nacion Judía son las mismas que se han hecho á la casa de Israel; y que las que se han hecho á Jerusalem y á la casa de Judá, se dirigen á la Iglesia de Jesucristo. Ultimamente me convencí de que en el sentido misterioso de las profecias, Judá y Jerusalem se entienden siempre por la Iglesia como lo dice expresamente S. Gerónimo (4), y como lo reconocen todos los padres: *Quantum ad mysticos intellectus, Jerusalem semper in Ecclesia accipitur.*

Suponia tambien, siguiendo los principios del nuevo sistema, que siempre seria necesario distinguir la renovacion de la Iglesia en tiempo de la futura conversion de los Judíos, de su entera renovacion en la gloria al fin de los siglos, y colocar un dilatado intervalo entre estos dos acontecimientos. Confesaré para mayor gloria de Dios, que ya estaba casi decidido en favor de las ideas de los que pretenden colocar en este largo intervalo el reino de mil años de que habla S. Juan en el Apocalipsis; y puedo decir con accion de gracias y toda la efusion de mi corazon: *Impulsado, me vi próximo á caer; pero el Señor me sostuvo. Impulsus, eversus sum ut caderem, et Dominus suscepit me* (5).

Llegó el tiempo en que siguiendo mis trabajos, me ocupé en meditar el Apocalipsis; y no quise determinarme sobre el sentido de este libro, sin consultar ántes la exposicion de M. de la Chetardie. No fué ciertamente la elocuencia de este intérprete la que me previno en su favor, pues carecia de este don; pero yo mas atento á su sistema, que á la manera con que le propone, quedé muy satisfecho de su plan; y lo que mas me agradó fué ver como reconociendo en el cap. xi. la mision de los dos profetas que toda la tradicion ha reconocido, y que aun los mismos partidarios del nuevo sistema, en parte reconocen, sabe desenvolver la secuela de símbolos que acompañan la abertura de los siete sellos y el sonido de las siete trompetas; de suerte

(1) Véase el prefacio sobre Oséas, n. 3 y 4. tom. xvii. (2) Véanse los prefacios sobre Amos, sobre Abdías, sobre Miqueas, sobre Habacuc, sobre Sofonías, tom. xi. (3) Véase el prefacio sobre Zacarías, n. 3. tom. xvii. (4) Hieron. in Mich. init. col. 1496. (5) Psal. cxvii. 13.

que desde la primera edad de la Iglesia claramente marcada á la abertura del primer sello, por un encadenamiento simple y natural conduce hasta el tiempo en que deben aparecer estos dos profetas. Al mismo tiempo conocí toda la fuerza del argumento que forma sobre el enlace de los tres ayes, y el lugar que ocupa en ellos la mision de los dos profetas; argumento que conserva toda su fuerza aun prescindiendo del sistema de este autor; argumento fundado sobre la evidencia misma del texto, y sostenido por el unánime consentimiento de los padres y de toda la tradicion. Porque segun el testimonio expreso de S. Juan, estos tres ayes corresponden al sonido de las tres últimas trompetas; y por consiguiente el tercero y último es el anunciado al sonido de la última trompeta; y entónces es cuando se dice, que ha llegado el tiempo de juzgar á los muertos, de galardonar á los santos, y de exterminar á los perversos. Luego el tercero y último ay es la venida del soberano Juez, conforme á lo que han enseñado los santos doctores: luego la persecucion que inmediatamente precede, y en la que los dos testigos sufrirán la muerte por la bestia que sube del abismo, es la del Anticristo como lo tiene reconocido toda la tradicion: luego positivamente hay una intima conexion entre estos cuatro grandes sucesos; la mision de los dos testigos, de los que uno será Elias, la conversion de los Judíos por ministerio de este, la persecucion del Anticristo, por quien los dos testigos deben sufrir la muerte, y la última venida de Jesucristo que debe exterminar al Anticristo con el resplandor de su gloria: *Eliam Theobitem, fidem Iudeorum, Antichristum persecuturam, Christum venturum* (1).

Desde entónces entendí que es imposible colocar allí el reino de mil años; y quanto mas consideraba las consecuencias del sistema de los milenarios, tanto mas comprendia su debilidad, su falsedad y su peligro. Renuncié pues para siempre las vanas y peligrosas ilusiones de los antiguos y modernos milenarios; y mi desengaño no solo se limita al sistema de los milenarios, sino aun al de aquellos, que sin querer ser milenarios, se empeñan en colocar un intervalo de muchas generaciones y de muchos siglos entre la conversion de los Judíos y el fin del mundo. Contra unos y otros reclama igualmente la verdad apoyada en la inespugnable fuerza de el mismo argumento tomado de la evidencia misma del texto, del consentimiento unanime de los padres, y de toda la tradicion. Si no pudiese apoyarme mas que en la evidencia del texto, acaso se me contestaria y reprenderia, de que creia ver en él lo que ninguno habia visto hasta aquí; pero me sostiene toda la tradicion que ha visto lo mismo que veo yo en el texto. Si por el contrario no pudiese apoyarme mas que en el testimonio de la tradicion sin tener la evidencia del texto, podria ser que se me objetase, que un texto obscuro y equivoco ha podido entenderse mal. Pero aqui no hay ni equivoco, ni obscuridad; porque el juicio de los muertos es evidentemente el último juicio; y está claramente marcada la intima union de este último ay con el que le precede; así es que

(1) Véanse las reflexiones sobre la mision de Elias en el prefacio sobre Malayías, n. 5. en donde este argumento se desarrolla en toda su extension, y el prefacio sobre el Apocalipsis, en que se difunde la opinion comun de los padres sobre el capitulo xi. del mismo art. v. n. 2. y sig.

la evidencia del texto justifica el testimonio de la tradicion, y estas dos cosas reunidas forman por su concierto un argumento que desde entonces me pareció insuperable.

No ignoraba las objeciones que se me podian proponer; pero me pareció que ninguna tenia la fuerza que el argumento mismo sobre que me apoyaba. Y en efecto, para resumirlas en dos palabras: ¿se trata de autoridades? por respetables que puedan ser los autores modernos que han propuesto este nuevo sistema, su autoridad no puede compararse con la de todos los padres y de toda la tradicion; ¿se trata del testimonio de la sagrada Escritura sobre este mismo testimonio? se halla fundada la opinion de los padres. La Escritura no puede contrariarse á sí misma; y así es necesario conciliar los textos que se opongan de una y otra parte, y explicar los menos claros por los más claros. ¿Acaso los defensores del nuevo sistema preteederán contar por su parte con los más claros? pero ¿qué prueba dan? Ellos mismos se ven precisados á convenir que no pueden justificar la pretendida claridad de sus textos por el testimonio de la tradicion que no ha visto lo que ellos pretenden ver; por el contrario la claridad de los textos en que se funda la opinion de los antiguos, está justificada por el unánime consentimiento de toda la tradicion que ha visto lo mismo que nosotros en estos textos. Así es que en esta diversidad de pareceres se encuentra de una parte una pretendida evidencia destruida del testimonio de la tradicion; y de la otra una evidencia real y sostenida por el unánime consentimiento de la tradicion (1). He aquí lo que me ha determinado á renunciar del sistema de los modernos y volver al de los antiguos: he aquí lo que me ha determinado á respetar el unánime testimonio de los antiguos sobre este punto como una de aquellas tradiciones que debemos conservar y en las que conviene estar firmes segun el precepto del Apóstol: *Stete, et tenete traditiones quas didicistis.* (2) Sé que no se trata aquí de la fe, y no pongo esta tradicion en el número de aquellas que versan sobre el dogma; pero los sólidos fundamentos en que está apoyada, me parecen muy suficientes para hacerla respetable y muy digna de conservarse fielmente: *Stete, et tenete traditiones quas didicistis.*

Así como el estudio de los antiguos profetas me había conducido al testimonio de los padres para investigar el sentido de las profecias, y reconocer con ellos que en el misterioso language de estos divinos oráculos representan á la Iglesia de Jesucristo, Jerusalem y Judá; y así como las reprensiones y amenazas dirigidas á los perversos hijos de Judá, y á los criminales habitantes de Jerusalem continúan á los cristianos prevaricadores; y que igualmente las promesas hechas á Jerusalem y á la casa de Judá se dirigen á la Iglesia de Jesucristo; así tambien el estudio del Apocalipsi me hizo consultar la autoridad de los padres sobre el sentido de este divino libro, y reconocer con ellos la íntima conexión de los cuatro acontecimientos con que debe terminar la duracion de los siglos, la mision de

(1) Véanse las reflexiones sobre la mision de Elias en el prefacio sobre Malaquías n. 5., en donde me he propuesto responder las objeciones de los defensores del nuevo sistema. (2) 2. *Thess.* ii. 14.

Elias, la conversion de los Judios, la persecucion del Anticristo y la última venida de Jesucristo. ¡Cuánta satisfaccion es encontrarse enlazado en la respetable cadena de los padres y de la tradicion, y caminar por los antiguos senderos consagrados por las huellas de tantos santos personajes!

Últimamente, el estudio de los antiguos profetas y del Apocalipsi me hizo entender que estos cuatro grandes sucesos deben ser posteriores á una plaga anunciada por los antiguos profetas bajo un lenguaje figurado y claramente expreso en el Apocalipsi; que esta plaga aun no ha aparecido, y que segun el testimonio de ambas profecias, parece que tendrá cierta duracion ántes que llegue el tiempo en que se consumen estos cuatro grandes acontecimientos; y de aquí infero, que mientras no aparezca esta plaga, no llegará el tiempo de la conversion de los Judios, que es uno de estos cuatro grandes sucesos (1). Entiendo que toda la historia de la Iglesia desde la ascension de Jesucristo hasta su última venida, se encuentra dividida en siete edades; juzgo que estamos todavía en la quinta; conozco que en la sexta comenzará aquella plaga, y que debe preceder á los cuatro sucesos; por fin veo que no será sino al fin de la sexta edad cuando se verifiquen dichos cuatro grandes sucesos, de los que el cuarto y último será la época de la séptima y última edad, que será la de la eternidad (2).

Acaso se preguntará: ¿cómo es posible que los autores y defensores del nuevo sistema hayan adoptado planes tan diferentes, y estos se hayan recibido con cierto aplauso? Si me fuera permitido exponer mi opinion acerca de esto, diria que parece que los autores del nuevo sistema habían estudiado más á los antiguos profetas que el Apocalipsi; y más á Isaías que á los otros profetas: que por esta razon no han conocido toda la fuerza de los argumentos que se forman, tanto del paralelo de las dos casas de Israel y de Judá que tan claramente indican Jeremias Ezequiel y los profetas menores, cuanto del encadenamiento de los tres *ayes* tan manifiesto en el Apocalipsi. Y en efecto, es muy notable que en el mismo lugar en que por primera vez se presentó al público esta pretendida verdad, de que no es necesario diferir la conversion de los Judios hasta el fin de los siglos, se emprendiese tan luego minar los fundamentos de la opinion de los antiguos (3). Pero los golpes se dieron á los fundamentos más débiles, y no se dirigió el menor tiro al invencible argumento en que consiste toda la fuerza de esta opinion, y que se forma de la íntima conexión de los tres *ayes* de que habla S. Juan. No inculparé al autor de aquella obra por haber disimulado este argumento para no responderle, sino que mas bien quiero creer que no fijó la atencion en él; pues si le hubiese considerado detenidamente, hubiera penetrado toda su fuerza; y corrigiendo su opinion, ya estaria reunido á los antiguos.

Dire mas, que sucedió á los autores del nuevo sistema, lo que ha sucedido en todos tiempos á los mayores hombres, y lo que á la mayor parte sucede frecuentemente. Los males que tenemos á la vista y

(1) Véase el prefacio sobre Oveas, n. 4. tom. xvii. (2) Véase la *Disertacion sobre las siete edades de la Iglesia* que antecede á esta. (3) Verdades sobre la vuelta de los Judios, xi. verdad pag. 307. y sig.

que nos afligen casi siempre, parecen los mas acerbos. Desde el siglo cuarto en tiempo del arrianismo se creyó ver la consumacion de la apostasia anunciada por S. Pablo. En el quinto y sexto en tiempo de la irrupcion de los bárbaros sobre Roma y sus provincias, cuando se vió la caída y desmembracion de aquel vasto imperio, se creyó que habia llegado la última señal con que caracterizaba S. Pablo la venida del Anticristo y fin del mundo. En el séptimo y octavo, al ver los rápidos progresos del impio Mahoma y su imperio anticristiano, se creyó que aquella era la abominacion de la desolacion anunciada por Daniel. En el noveno y décimo, cuando los sarracenos se derramaban por toda la cristiandad y avanzaban hasta las puertas de Roma, se entendió que aquella terrible desolacion era la señal mas próxima del fin del mundo. En el siglo decimotercio, al ver los desórdenes ocasionados por la prodigiosa multiplicacion de religiosos medicantes, y los atentados con que acataron los derechos y funciones del clero secular, algunos doctores vivamente sentidos de estos males, creyeron que habia llegado la nube de langostas anunciada por S. Juan; y en el exceso de un celo mas ardiente que ilustrado, se imaginó ver en ellos á los precursores del Anticristo que no tardaba. En el siglo décimo quinto, cuando se vió á Mahomet II. penetrar hasta Constantinopla, hacerse señor de la ciudad, y acabar por fin con el imperio del Oriente, se creyó ver en él al precursor del Anticristo, y estar amenazados de la mas terrible desolacion. Cuando se vió en el décimo sexto la espantosa carnicería que causaron en el Occidente las heregias de Lutero y Calvino, se creyó ver en estas dos sectas á la plaga de las langostas profetizada por S. Juan, y el primero de los tres ayes anunciados por el mismo. Finalmente, cuando en los últimos siglos se ha visto sucesivamente á la Africa separada de la Iglesia, el cisma del Oriente, la desolacion causada por el mahometismo, los reinos del Norte y tantas otras provincias arrastradas por las últimas heregias, exclamaban, que si alguna cosa nos debia asombrar despues de esto, era que la divina misericordia no hubiese restablecido á Israel para ocupar tantos lugares vacios; y así es que el mismo extremo de los males hacia esperar que ya no distaba mucho el tiempo de la vocacion de los Judios; y no se meditaba que males aun mayores que estos pueden y deben preceder á su conversion; ni se reflexionaba que estaban anunciados por S. Juan y por los antiguos profetas; siendo evidente que aun no han aparecido, que pueden tener cierta duracion, y que los Judios serán llamados hasta el tiempo de estos últimos males.

En fin, diré que ha contribuido mucho para el buen suceso del nuevo sistema tan opuesto al de los antiguos, el nombre, el mérito, los talentos y la elocuencia de los que le propusieron primeramente (1). Se escucha con placer á aquellos en quienes se reconocen cualidades apreciables; sus luces se concilian la confianza; y no es fácil persuadirse que puedan engañarse. Las gracias seductoras de una elocuencia sencilla y natural arrebatan los espiritus; la verisimilitud que sorprendió á los primeros autores del sistema, se imprime en sus discursos y escritos, atrae en pos de sí á sus amigos y discípulos, y mas bien

(1) Mr. el abate Duguet y Mr. el Abate de Ettemare han sido los principales autores del sistema despues adoptado y sostenido por Mr. el abate Joubert.

se admira, que se examina. Por otra parte, las promesas consoladoras son siempre mejor recibidas: no se escucha con la misma atencion y suceso al que anuncia solamente males, como al que anuncia bienes, y los mayores bienes que la Iglesia de Jesucristo puede recibir sobre la tierra. Fácilmente se persuade la proximidad del bien que se desea, se cree estar en vísperas de poseerle, y casi se goza su posesion en el placer de imaginarle.

Para juzgar rectamente de un nuevo sistema es sin duda necesario comenzar deponiendo toda prevencion y preocupacion; no escuchar sus deseos, ni tener una ciega confianza; es preciso no dejarse arrastrar por los encantos de la elocuencia, ni por los falsos vislumbres de la verisimilitud; se necesita considerar las cosas en sí mismas, y tales como son. Para entender las profecias, es de necesidad tener á la vista tanto á los profetas mayores, como los menores, y el Apocalipsi que es la clave de todos: en una palabra, el cuerpo entero de los oráculos proféticos del Antiguo y Nuevo Testamento, todo el cuerpo de los grandes acontecimientos desde el presente, y en cuanto sea posible, los que deben suceder desde hoy hasta la eternidad. Considerar las profecias por partes separadas y sin relacion al todo, es exponerse á identificar alguna vez cosas muy diferentes y disintas, y á confundir los tiempos. Para evitar este escollo debe considerarse el todo, y ver si en la aplicacion de las profecias á los acontecimientos, todas las partes se ajustan entre sí. Este principio es el fruto del trabajo en que me he empeñado; él me ha decidido entre la opinion de los antiguos y modernos sobre estos grandes sucesos, y á él debo poderme explicar sobre ellos claramente.

Bien conozco que no tengo ni el nombre, ni el mérito, ni los talentos, ni la elocuencia de aquellos cuyo sistema me propongo impugnar; pero pongo mi confianza en aquella verdad que desata cuando le place la lengua de los infantes, y en cuyo obsequio tomo esta empresa, no solamente para mi justificacion y la de los tres intérpretes cuyos trabajos he compilado, y de toda la tradicion cuya cadena creo deber perpetuar; sino tambien para utilidad de los que leyeren esta obra á quienes debo dar á conocer las señales que pueden servirles para discernir los tiempos que el Señor tiene señalados, y para decidirse entre el sistema de los antiguos y modernos sobre los cuatro grandes acontecimientos que terminarán la duracion de los siglos.

Creo haber probado en la anterior Disertacion, que toda la historia de la Iglesia desde la ascension de Jesucristo hasta que vuelva á la tierra, debe distribuirse en siete edades; y que en la sexta comenzará una plaga que precederá á los cuatro grandes acontecimientos que deben terminar la duracion de los siglos; y que despues de esta plaga, y al fin de la sexta edad comenzarán estos sucesos, que tendrán un íntimo enlace entre sí, y de los cuales el último será la época de la séptima y última edad. Mi designio es comparar ahora los oráculos de S. Juan con los de S. Pablo, con los del mismo Jesucristo en el Evangelio, y con los de todos los antiguos profetas; en una palabra, reunir todas las señales que anuncian y caracterizan los grandes acontecimientos que dividiran la sexta edad; y confirmar con la reunion de todas estas señales estas dos proposiciones: 1.ª No se verificará la

TII.
Motivos que han determinado á elegir aquí esta discusion. Su objeto y division.

conversion de los Judios sin que preceda una plaga que aun todavia no ha comenzado, y que no comenzará sino hasta la sexta edad. 2.ª Que habrá un íntimo enlace entre estos cuatro grandes sucesos, la misión de Elias, la conversion de los Judios, la persecucion del Anticristo, y la última venida de Jesucristo. Suplico á los defensores del sistema que impugno, no tengan este como un ataque dado por una mano enemiga; sino mas bien como reflexiones que les propongo, que sujeto á su examen, y que suplico sean juzgadas con aquella discrecion que siempre acompaña al amor de la verdad. No digamos: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Céfás; sino digamos todos: Yo soy de Jesucristo. Solamente la verdad merece todos nuestros afectos.

ARTICULO I.

Señales que anuncian y caracterizan la plaga que comenzará en la sexta edad, y que precederá á la conversion de los Judios.

I
Once señas principales que anuncian la plaga que comenzará en la sexta edad.

Primera señal: Las amenazas que hace S. Pablo á los gentiles que desisten de su fe.

II.
Segunda señal: Simbolos que acompañan la abertura de los siete sellos.

Once son las señas principales que anuncian y caracterizan la plaga que será época de la sexta edad, y que precederá á la conversion de los Judios, es decir, once señas anuncian que amenaza una plaga mas ó menos remota; que esta plaga comenzará en la sexta edad; que podrá tener una cierta duracion; y que hácia su fin se verificará la conversion de los Judios.

Primera señal. Las amenazas con que conmina S. Pablo á los gentiles que se caubian en la fe. Este Apóstol se dirige desde luego al gentil substituido al judio, y le habla en estos términos (1): *Pero dirás: Las ramas han sido arrancadas para que yo sea ingerido; bien; por su incredulidad fueron arrancadas; mas tú por la fe estás en pie: pues no te engrias por eso, antes bien vive con temor. Porque si Dios no perdonó á las ramas naturales, ménos te perdonará á ti. Mira pues la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo si permanecieres en la bondad; de lo contrario tú tambien serás arrancado.* Esta amenaza contiene una prediccion que tantas veces se ha verificado ya, no solamente en los particulares, sino en pueblos enteros, que dejando resiriar la fe, merecieron ser arrancados de la Iglesia por la heregia que los ha dominado, por el cisma que los ha desunido, por la apostasia en que se han precipitado, y por las diversas plagas con que el Señor los ha herido. A vista de estos terribles y justos juicios del Señor, de los funestos progresos de la corrupcion de costumbres, de la libertad de opiniones, y del espiritu de incredulidad é irreligion, entendamos lo que debemos temer.

Segunda señal. Los simbolos que acompañan á la abertura de los siete sellos (2). Se ha visto en la precedente Disertacion que en el Apocalipsis los siete sellos del libro misterioso corresponden á las siete edades que dividen la duracion de los siglos desde la ascension de Jesucristo hasta su última venida, que será la época de la séptima y última edad (3). Tambien se ha visto que por la apli-

[1] *Rem. xi. 19. et seqq.* [2] *Apoc. vi. 1 et seqq.* [3] *Disertacion sobre sexta edad de la Iglesia, art. 1.*

cacion de los simbolos á los acontecimientos que los verifican, los cinco primeros sellos nos conducen desde la ascension de Jesucristo hasta el tiempo en que excitó las quejas de los mártires el sacrilego furor de la impia secta de Lutero, y se les contestó que aun esperasen un corto tiempo hasta que se completara el número de sus hermanos y conseriros, que habian de ser martirizados como ellos. *Luego que abrió [el Cordero] el sexto sello, dice S. Juan (1), se estremeció la tierra fuertemente: el sol se ennegreció como un saco de cerdas, y toda la luna se puso como sangre; las estrellas del cielo caian sobre la tierra, como cuando caen los higos de una higuera sacudida por un recio viento, el cielo se resiraba envolviéndose como un libro que se arrolla; y todos los montes y las islas se arrancaban de sus lugares: los reyes de la tierra, los príncipes, los tribunos, los ricos, los pobres, y todos los hombres esclavos ó libres, se escondian en las grutas y entre los peñascos de los montes; y decían á los montes y á las rocas: caed sobre nosotros, y ocultados del semblante airado del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque ha llegado el gran día de su indignacion, y quien podrá estar en su presencia!* Pasado esto, se suspendieron los cuatro vientos hasta que los siervos de Dios se marcaran con su sello; y entónces se marcaron ciento cuarenta y cuatro mil israelitas escogidos de los doce tribus de Israel (2), como si dijera, que entónces se convirtieron los Judios. Pues he aquí una plaga que aparece entre los ultrages que la impia secta de Lutero hizo á los mártires de Jesucristo, y la futura conversion de los Judios; esta plaga no se ve todavia, y está anunciada para cuando se abra el sexto sello que designa la sexta edad: luego esta plaga debe preceder á la conversion de los Judios.

III.
Tercera señal. Los simbolos que acompañan al sonido de las siete trompetas (3). Hemos visto que el sonido de las siete trompetas corresponde á la abertura de los siete sellos, y que por la aplicacion de los simbolos á los acontecimientos, las cinco primeras nos conducen desde las persecuciones de la primera edad de la Iglesia, hasta el tiempo del primero de los tres ayes terribles que terminarán la duracion de los siglos (4). Este primer ay es la plaga de las langostas que M. de la Chetardie aplica al luteranismo. Pero sea de esto lo que fuere, habiendo terminado así el primer ay, dice S. Juan, *van á seguirse ya los otros dos (5).* El sexto ángel sonó la trompeta; y oí una voz que salía de los cuatro ángulos del altar de oro que está delante de Dios, y decía al sexto ángel que tenia la trompeta: *Desata á los cuatro ángeles que están atados en el gran rio Eufrátes. Inmediatamente fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, el día, el mes y el año en que habian de dar muerte á la tercera parte de los hombres. Y el número de este ejército de caballeria era de doscientos millones; pues yo oí el número de él. Yo vi en la vision á los caballos, y los que venian sobre ellos vestian corazas de fuego, de jacinto y de azufre: las cabezas de los caballos eran como*

Los simbolos que acompañan al sonido de las siete trompetas.

(1) *Apoc. vi. 12. et seqq.* (2) *Apoc. vii. 1. et seqq.* (3) *Apoc. viii. 7. et seqq.* (4) *Disertacion sobre la sexta edad de la Iglesia, art. n.* (5) *Apoc. ix. 12. et seqq.*